

Desde 1989, con la caída del Muro de Berlín, (como diría Hobsbawm: “desde el final del siglo XX corto”), podemos afirmar que nos encontramos inmersos en un cambio de época.

Cambio epocal, que no fin de la historia.

A lo largo de dos décadas, sin embargo, la realidad no dejó de sorprendernos al mostrarnos la evanescencia de tantas certezas.

Indicadores Culturales 2008 entra en prensa, en medio de la crisis financiera surgida en los países centrales, que ha extendido un verdadero manto de incertidumbre sobre el futuro de la humanidad toda.

Propongo que sometamos “a prueba” (a ver si resiste) como certeza que el mundo no saldrá de la crisis igual que como llegó a ella. No alcanzan ajustes, ni ciertas modificaciones. Y ello, no sólo por la dimensión de esta crisis, sino porque la misma es parte (sin duda importante) de ese cambio de época en el que seguimos adentrándonos.

Se trata, entonces, de una transformación estructural.

Por ello es que podemos afirmar que estamos ante un verdadero cambio de época. Ante una bifurcación histórica relacionada con la “historia larga”. Ante una *bifurcación sistémica* –como dice Immanuel Wallerstein– en la que las perturbaciones aumentan en todas direcciones. Pero quiero destacar que Wallerstein dice también que junto con las perturbaciones aumentan las oportunidades.

Es cierto que son tiempos de incertidumbre, de falta de certezas, de turbulencias. Tiempos en donde no pocas veces se nos aparece una suerte de imagen caótica del mundo. Un mundo en donde es muy difícil entrever hacia dónde nos dirigimos.

Pero, precisamente, esta coyuntura es la que nos ofrece también oportunidades, tal vez, irrepetibles... Es que estamos en una situación de ambigüedad. Se nos ofrecen oportunidades que debemos saber leer, comprender y aprovechar.

Son oportunidades para intervenir sobre el nuevo orden que se está configurando. Un tipo de orden que no está allí frente a nosotros como algo disponible, predeterminado, monopolizado por algún tipo de pensamiento que se pretenda “único”.

Al contrario, a partir de la devaluación política, intelectual e histórica de las posiciones economicistas que fueron dominantes, el sentido y el tipo de proceso al que estamos asistiendo, así como su

configuración, dependerán también de nuestras acciones actuales y futuras.

Aquí cabe importante responsabilidad a los constructores de políticas culturales, ya que es materia de la cultura la dotación de sentido.

De ninguna manera aquello que imprecisamente se denomina “globalización” y la incertidumbre en que deviene todo proceso de transformación estructural como el que estamos viviendo, pueden ser presentadas como excusas para no pensar, para adoptar soluciones totalizadoras, para dejarse tentar por las visiones facilistas y sus importaciones acríticas –que en general se cobijan en teorías que “desocializan” y “deshistorizan” las complejas condiciones económicas y sociales.

No podemos permitirnos caer en posiciones fatalistas de guerras entre civilizaciones, ni en aquellas que se figuran como única salida la eliminación del “otro”.

Considero que será desde la diversidad cultural, desde la diversidad de historias, experiencias y territorios y a partir de una recuperación del valor de lo local, desde donde será posible negociar, interactuar y transformar este tramo de la globalización.

Desde la cultura y la diversidad será posible orientar el proceso de reconfiguración al que estamos asistiendo.

Desde la cultura y la diversidad será posible pensar cómo aprovechar las oportunidades que se nos presentan.

Desde la cultura y la diversidad será posible pensar qué hacer para que en esta bifurcación histórica podamos sentar las bases sobre las cuales construir sociedades más justas e igualitarias en las que podamos vivir juntos, afirmando, reconociendo y valorando nuestras identidades.

La diversidad, que ha sido y es fuente de desigualdades, encierra un desafío: ser el fundamento para construir un mundo compartido, sostenible, más justo que lo que hemos conocido.

Francisco José Piñón  
*Editor*